

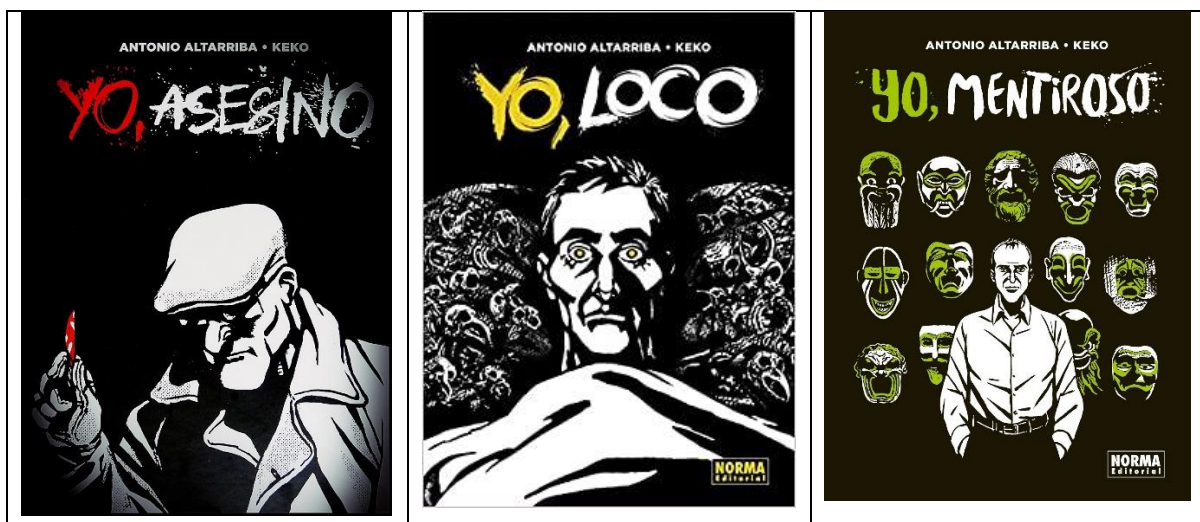


Comics y psiquiatría: Antonio Altarriba y Kim *El arte de volar* (Edicions de Ponent)

Juan Medrano

Antonio Altarriba (Zaragoza, 1952) es un nombre imprescindible en el entorno español del comic, ya que desde los primeros años 80 ha sido tanto autor (guionista) como crítico como divulgador del llamado noveno arte (especialmente en su erudita “La España del tebeo. La historieta española de 1940 a 2000”). Altarriba nació y se crio en Zaragoza, pero desde temprana edad pasaba los veranos en Francia, donde su padre conservaba amigos con los que había combatido como anarquista durante la Guerra Civil. Siendo todavía Altarriba niño (pero ya voraz lector de tebeos) la familia quedó en la ruina cuando a causa del desfalco cometido por uno de sus socios su padre vio embargadas sus propiedades y una fábrica de galletas de la que era copropietario.

Tal vez por su precoz exposición a la lengua y a la cultura francesa, Altarriba llegaría a ser catedrático de Literatura Francesa en la EHU-UPV, sin dejar de lado su interés por el comic ni su dedicación al campo. Si bien su primer guion publicado data de 1983 (“De vuelta”, con ilustraciones de Luis Royo), como autor alcanzó la cumbre con “El arte de volar”, premio nacional de comic en 2009, en el que con dibujos de Kim (el creador de “Martínez el Facha” para “El Jueves”) contó la historia de su padre, llamado también Antonio. Más tarde, ambos autores colaborarían en “El Ala Rota” (2015), la biografía de la madre de Altarriba. Más tarde, en colaboración con Keko, publicó varias obras entre las que destaca la trilogía “Yo, Asesino”, “Yo, Loco” y “Yo, mentiroso”, editada inicialmente en francés. Algún día comentaremos la segunda, una visión particular de la industria (psico)farmacológica y de la explosión nosológica en Psiquiatría.





En “El arte de volar”, Altarriba padre se traslada a Altarriba hijo para contar a través de él y en primera persona la historia de su vida. Una historia que se abre, paradójicamente, en el día de su muerte, por suicidio, en una residencia de ancianos. Kim y Altarriba ofrecen con maestría la escena: la sensación de liberación que el protagonista siente al llegar el momento de ejecutar la decisión de terminar con su vida, sus precauciones para buscar el momento en que no será descubierto, su paso al acto cuidadoso, poniendo en práctica un plan minuciosamente estudiado e, incluso, su caída al vacío en el vuelo final de un anciano que de niño estuvo fascinado por los aviones y por la posibilidad de volar.



A lo largo del libro vivimos sucesivamente la miseria del pueblo natal de Antonio, su traslado a la ciudad, su participación en la guerra civil, el exilio en Francia, la amistad con camaradas idealistas como él, de los que alguno dejará aparcadas definitivamente sus convicciones con el paso de los años mientras que otro se anticipará a Antonio en la decisión de poner fin a sus días, víctima de la decepción y la tristeza. De vuelta a España, Antonio va labrándose un porvenir, se casa con una mujer extremadamente religiosa con la que vivirá una historia de desamor, y se convierte en un próspero empresario, apartado de las ideas que defendió en su juventud, hasta que finalmente cae en desgracia y, de nuevo, en la miseria, cerrándose un ciclo caracterizado por el infortunio y la amargura.

Con el paso de los años Antonio ingresa en una residencia de ancianos en la que se sentirá apartado, incomprendido, cuestionado e incluso sometido. A causa de la enfermedad y de la muerte, sus escasos amigos van desapareciendo progresivamente, lo que se acompaña de una sensación de soledad que abruma a Antonio, hasta que se instala la desesperación, la angustia (que expresa como un topo que le carcome el pecho), la depresión y el deseo de morir. Tras un primer intento, que termina en una hospitalización, volverá a la residencia, donde su aparente mejoría es en realidad resultado de la paz que le produce la decisión de morir, escenificada en un sueño en el que el “tribunal” de sus allegados desaparecidos le concede el derecho a liberarse, a través de la muerte, de la condena que le supone una vida que no quiere ya vivir y que rezuma fracaso, decepción y desengaño.



La lectura de “El Arte de Volar” remite a la lectura que el psicoanalista argentino Leopoldo Salvarezza hace de la depresión geriátrica a partir de las teorías de Erik Erikson en torno al desarrollo psicosocial humano en ocho etapas en las que se plantea la dicotomía entre fenómenos y vivencias opuestas. La de la vejez (por encima de los 65 años) es la de “Integridad del ego vs Desesperación”, como efecto de la acumulación de pérdidas experimentadas a lo largo de la vida y la constatación de que se ha dejado más tiempo atrás del que queda por delante. La resolución favorable a través de la integración permite a la persona reconciliarse con su Yo del pasado que sin duda en algún momento de su dilatada biografía no supo o no pudo estar a la altura. Gracias a ello siente que su vida ha merecido la pena al reafirmar el valor de su existencia y reconoce su importancia, no solo para sí, sino también para otras personas.





En cambio, si la mirada al pasado resulta en nostalgia en forma de niebla o de resentimiento o de culpa, no quedarán ya ni tiempo ni energías para reparar lo ya hecho, y sobrevendrá la desesperación y, en la visión de Salvarezza, la depresión con los particulares rasgos que presenta la enfermedad en los ancianos, incluido el deseo perentorio de muerte y el suicidio. La historia de Antonio, el niño pobre que quería volar, que luchó por unos ideales, que llegó a prosperar, que fracasó y que se amargó y sufrió al final de sus días, evoca poderosamente esta visión.

